

Sábado, mediodía

Fernando Muñoz

SÁBADO, MEDIODÍA



FERNANDO MUÑOZ

Capítulo 1

La herencia de Dani

“Para ser ellos, han estado bastante puntuales”, pensó Dani al ver aparecer a su tío Anselmo y su tía Juani desde el vestíbulo del restaurante. Alzó una mano para llamar su atención; Lucía, a su lado, le imitó.

Las orondas constituciones de sus tíos hacían que sus intentos de pasar por entre las mesas que los separaban resultaran ridículamente cómicos. Tras torpes pasitos cortos que no evitaban el roce de sus panzas con la cabeza de algún que otro comensal, llegaron a la mesa que su sobrino había reservado.

—Buenas, tito. ¿Qué tal? —saludó Dani levantándose para besar sus mejillas.

—¡Bien! Hemos visto que llegábamos un poco justos y le he dicho a tu primo: “Déjanos a tu madre y a mí aquí en la puerta y mira a ver si puedes aparcar por aquí cerca”, así que llegará ahora.

—Buenas, nene —le saludó su tía con aquella voz nasal—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien en la oficina? Ya me dice tu tío que estáis ahí haciendo cosas.

—Lo que podemos, tita —sonrió.

—Hola, Juani —saludó Lucía, librándole de más respuestas de cortesía.

—Hola, guapa —dos besos que hicieron sonar los collares de la tía Juani—. ¿Todo bien?

—Perfectamente, Juani —le dedicó una ampliamente forzada sonrisa.

Mientras volvía a tomar asiento, Dani se percató de que junto a él estaba el camarero que le había servido la caña de cerveza cuando llegaron. No sabía el tiempo que llevaba ahí en esa segunda visita.

—¿Qué van a beber los recién llegados? —preguntó desde esa fantasmal pero socarrona mirada que había sorprendido a Dani minutos

antes.

—Mira, al centro vas a poner una botella de agua —ordenó el tío Anselmo mientras se remangaba, con un solo gesto, el jersey y la camisa que se ocultaba debajo—, y yo voy a querer un vino negro.

—Lo tengo blanco y lo tengo tinto, señor.

—Bueno, pues entonces el que no sea blanco.

La recurrente broma de su tío tuvo un efecto relajante en Dani. El buen humor no le iba a hacer encajar felizmente el directo que su sobrino le tenía preparado, pero prolongaría durante unos instantes su capacidad de escucha.

—A mí ponme una cerveza —fue el pedido que hizo la tía Juani mientras tomaba asiento. Dirigió la vista al camarero levantando una mano cuya muñeca estaba cuajada de pulseras—. Pero sin alcohol. Sin alcohol.

Una reverencia tan discreta como descontextualizada fue la despedida del camarero.

—Bueeeeno... —el sonriente tío Anselmo ya se había sentado y empujaba su silla hacia delante, tarea que boicoteaba su oronda barriga al encontrarse con la mesa—. ¿Me dijiste que os vais mañana al monte?

—Sí, a Sierra Espuña —respondió Dani—. Unos amigos de Alhama... El padre de uno de ellos, tiene un merendero y de vez en cuando nos invita.

—¿Éstos que son...? —inquirió la tita emparejando los dedos índice y corazón.

—Sí, tita: Luis y Jose.

—Aaam —se recolocó en su asiento al tiempo que desviaba la mirada.

El camarero reapareció.

—Una cerveza sin alcohol para la señora —sirvió—. Y un vino “no blanco” para el caballero —escanció.

—Jejejeje... ¡Muy bien! —rió el tito.

Por el rabillo del ojo, Dani vio que su primo había llegado

finalmente al restaurante.

—Buenas —saludó frenando su trote.

—Hola, primo —Dani se levantó para darle dos besos, al igual que Lucía.

—Una nueva presencia siempre es bienvenida —fue el recibimiento del camarero—. ¿Qué querrá beber el nuevo caballero?

—Agua, por favor —se sentó.

—Ya la hemos pedido —apuntó su padre.

—Pues ya está.

—¿Has aparcado bien?

—Sí, en un parking —tomó un trago en cuanto el camarero terminó de llenar su copa para pasar a la de Dani.

—¿Qué vamos a pedir? —inquirió impaciente la tía Juani.

—¿Les parece bien un plato de jamón al centro y una ensalada de la casa? —ofreció el camarero.

—¿Ostras tienes? —la tita estaba ansiosa.

—Recién traídas.

—Pues ponte dos... —señaló a Dani, que negó con la cabeza; Lucía también declinó el ofrecimiento—. Cuatro, ¿no, Felipe?

—No, yo no quiero —respondió el primo de Dani.

—¡Pero si te gustan!

—Mamá, no quiero. ¿Vale?

—Bueno, pues ponte dos ostras —sentenció al camarero.

—Y el jamón y la ensalada —señaló Lucía.

—¡Ay, sí! ¡Eso también!

—Muy bien. ¿Y entrando en materia? Hoy tengo unas chuletas de

cabrito especiales.

—¡Uy! —exclamó la tita—. ¡Yo voy a querer de eso!

El camarero anotó en su libreta y volvió a alzar la vista a la espera de más comandas. El último en pedir fue Felipe.

—Una sopa de fideos.

—¡Felipe! ¿Sólo vas a tomar eso? —su madre parecía alarmada.

—¡Pídete algo más! —su padre también.

—Vamos a ver... No tengo hambre. Si quiero algo, ya lo pediré.

—¿Querrá una pelota en su sopa?

Felipe dudó un momento ante el ofrecimiento del camarero. Finalmente, aceptó.

—¿Cómo vas, primo? —le preguntó Dani una vez que la nota había sido llevada a cocina.

—Un poco mejor últimamente —Dani se alegró al ver la sincera sonrisa que le dedicaba su primo, contento, quizás, de tener una excusa para mirar en dirección opuesta a sus padres—. ¿Y vosotros? ¿Qué tal la vida en pareja?

Dani, quince años más joven que su recién divorciado primo, cumplía dos meses de convivencia con Lucía, circunstancia por la cual jamás habría apostado. Desde su etapa universitaria había tenido claro que viviría solo. Rodeado de amigos, eso sí; con suerte, disfrutando de esporádicas amantes; pero indudablemente rechazaba la idea de un compromiso romántico y, mucho menos, vivir con esa otra persona.

Pero Lucía llegó, hacía ahora tres años, para romper todos y cada uno de sus esquemas. A través de una aplicación de móvil, que Dani utilizaba para esos encuentros sexuales sin compromiso, se encontró con ella. Efectivamente, se entregaron el uno al otro en una primera cita durante la cual la cena y el helado posterior formaban parte del ritual que ambos silenciosamente conocían y cuyo propósito no era otro que el de conocer un poco a la persona con la que desde el principio sabían que se iban a acostar.

Como las citas que iban teniendo no se limitaban al sexo, Lucía empezó a despertar un interés en Dani que, al principio, le asustó, pues temía caer en el abismo del amor no correspondido. Cuando, durante un paseo vespertino, sin previo aviso (y en plena calle) ella le besó los labios,

los miedos de Dani se convirtieron en ilusión. Las dudas que le habían atormentado durante semanas sobre continuar una relación que le obligaba a reprimir unos deseos más poderosos se evaporaron en la boca de Lucía.

Con el tiempo, la relación maduró, la vida mostró a Dani una serie de facetas que él desconocía y la idea de convivir se presentó tentadora cuando Lucía la propuso. El Dani de veinticinco años jamás pensó que su mentalidad sería tan distinta a la de su yo de veintiocho. Y una de las razones de ese cambio tenía mucho que ver con el motivo por el que se encontraban comiendo con sus tíos.

Además de una calvicie que ya empezaba a saludar, Dani heredó de su difunto padre las participaciones que éste poseía en Carnes Munuera S.L., la empresa que tanto él como el tío Anselmo habían recibido de manos del abuelo Mariano.

Al morir el padre de Dani, los cimientos de Carnes Munuera temblaron. El tío Anselmo, que nunca había sido el listo de los dos hermanos, tenía como único heredero a un ludópata alcohólico con trastorno esquizoide de la personalidad al que había colocado en la empresa con tal de garantizarle un sustento. Por su parte, Dani y sus dos carreras tenían un proyecto de vida alejado de la industria cárnica. Sin embargo, cuando tomó conciencia de que sobre él recaía la responsabilidad de tomar las riendas de Carnes Munuera o dejar que el capital social desapareciera en cerveza y casinos, abandonó su vocación en el mundo de la bioquímica para volcarse en la supervivencia del negocio familiar.

Para desgracia de Dani, sus esfuerzos caían en saco roto. La tozudez de su tío Anselmo, arropada por los cincuenta años de experiencia de los que gozaba de presumir, le impedía poner en práctica cualquier idea con la que intentara sacar a flote la malherida empresa.

—Imagina que el almacén está ardiendo —había comentado a Lucía en una ocasión para ejemplificar la actitud de su tío— y yo le digo “¡Tito, vamos, hay que coger el extintor!”, y él responde que no, que nunca nos ha hecho falta usar un extintor. Es verdad que la empresa nunca ha estado tan en llamas como ahora, ipero, joder, él espera que el fuego se apague solo! ¿Qué coño le cuesta dejarme usar el puto extintor?

—Igual no quiere que algo que se te ocurra a ti y no a él termine funcionando —resolvió Lucía—. Sería poner en duda el trabajo que ha estado haciendo. Pero sí: no deja de ser la actitud de un capullo egoísta.

Años de darse contra un muro, de tratar de aprender el funcionamiento de la empresa y obtener de su tío informaciones a medias, de introducir mínimos cambios que éste revocaba en cuanto bajaba la

guardia y un largo etcétera, adornado con un lazo que decía "Y has abandonado tu vocación para esto" era el sardónico regalo que la muerte de su padre le había otorgado.

Dani lo tenía claro desde hacía tiempo: no era capaz de trabajar junto a su tío. Tras estudiar sus opciones, las posibles reacciones y analizar las hipotéticas consecuencias finales, concluyó que había dos soluciones a elegir para acabar con la situación. Y ninguna agradaría a su tío.

Sabía que una comida familiar, pasatiempo que ocupaba un puesto importante entre los predilectos de sus tíos, sería el mejor escenario para poder sincerarse. No obstante, el sentimiento de culpa también había revoloteado por la cabeza de Dani, sabiendo que iba a destrozarles el que seguramente sería su momento más esperado de la semana.

El jamón fue lo primero en llegar.

—¡Hay que ver qué bueno está y qué bien lo cortan aquí! —juzgó feliz la tía Juani mientras cogía un colín con el que acompañar sus dos primeras lascas.

—Sí que lo está —corroboró su marido—. Coge, Felipe.

—No me apetece. Tengo el estómago un poco así...

—¡Pruébalo al menos, que está muy bueno!

Con un gruñido, el primo de Dani se echó el jamón a la boca. Tras masticar concienzudamente, empinó su vaso para tragar. Miró desafiante a su padre, que suspiró con resignación.

—Una ensalada por aquí —anunció el camarero mientras la servía—. Y unas ostras para la dama.

—¡Ay, qué bien! —la tita no esperó a que el plato estuviera apoyado en la mesa para coger su primer manjar—. ¡Mmmm! Felipe, están muy buenas. ¡Pídete un par!

—Mamá, joder, ¡que no quiero!

—Déjalo, Juani... no quiere —el tío Anselmo sacudía una mano en señal de "olvidalo", al tiempo que fruncía con acidez.

Dani deseó en silencio que esa escena se hundiera rápidamente en el registro de la cotidianidad de su tío para que éste pudiera recuperar buena parte de su humor inicial. Aunque escenas como aquélla no eran

extrañas en su primo, no pudo evitar sentir un leve reproche por poner en peligro la contundencia de su inminente discurso.

Lucía estuvo rápida.

—Si la lubina está tan buena como la última vez que la probé... ¿Te acuerdas, Dani?

—¡Sí! Cuando cenamos con mi madre por su cumple.

—Oye, al final, ¿cómo está? —quiso saber la tita—. Era hoy cuando tenía la sesión esa, ¿no?

—¡Si es que podíamos haber quedado otro día! —se quejó el tito—. Y estaríamos todos juntos.

—De verdad, Anselmo, no te preocupes —aclaró Lucía—. Ya sabes que Marta piensa que, si tenemos una oportunidad para juntarnos, nos juntamos, seamos los que seamos. Otro día que no tenga que ir a diálisis, pues ya estaremos todos.

La sesión de diálisis de la madre de Dani era, evidentemente, la verosímil escapatoria que ella había ofrecido a su hijo para excusarla en el día en que soltaría el ultimátum al tito Anselmo.

Cuando llegaron los platos principales, la tensión anterior ya era historia. Y las bondades de la comida no hicieron sino alegrar el ánimo. El solomillo de Dani estaba perfectamente cocinado; lo justo para que no estuviera crudo. La lubina de Lucía incluso superaba lo evocado. La tita disfrutaba de sus chuletas tanto como el tito de sus manos de cerdo. Y Felipe comenzaba su recién incorporado ritual de trocear hasta el infinito el contenido de su plato, muy a diferencia de la compulsión con la que devoraba hasta hacía un mes. La albóndiga que presidía la sopa se deshacía a golpe de cuchara como una granada se vacía de su granulado contenido.

Dani, que tenía claro desde hacía semanas cuál sería el momento de hablar, encontró renovadas sus fuerzas ante la felicidad que proporcionaba a su tío un acto tan básico como el comer. Recordaba cada punto de su estrategia: halagar la experiencia de su tío; incorporar a Felipe en el relevo generacional, por inútil que fuera, para evitar un conflicto directo Dani—Tito; no mencionar nada a lo que su tío pudiera aferrarse con su conocida irracionalidad...

En cuanto el último cubierto abandonó su plato, Dani tomó aire.

—Tito, primo —el primero levantó la mirada; el segundo seguía

con la vista clavada en el plato—. Quiero comentaros algo.

Su tío no tardó un instante en empezar a revolverse en el asiento. Frases como ésa componían el anuncio de una mala noticia o de un enfrentamiento, circunstancias ambas en las que se sentía acorralado, quizá por su falta de reflejos a la hora de dialogar, quizás porque en sus cincuenta años de experiencia seguía sin estar preparado para escuchar cosas que no le gustasen.

—Tu dedicación al negocio es admirable, tito. Llevas cuatro años jubilado y ahí sigues, al pie del cañón, como se suele decir —el mentado permanecía con los ojos bien abiertos; no sabía por qué su sobrino estaba halagándole, o tal vez trataba de entender qué significaba eso del cañón—. Y creo que ha sido un tiempo más que suficiente para que tanto mi primo como yo hayamos aprendido a valernos por nosotros mismos.

El tito permaneció con la misma expresión, como si Dani no hubiera hecho ninguna pausa, como si siguiera escuchando el discurso. Entonces reaccionó.

—Pero... Pero ¿qué quieres decir con esto? ¿Qué ya no hago falta? —como Dani había previsto, su tío había optado por una postura defensiva antes incluso de plantearse dialogar—. ¿Que, como estoy jubilado, ya no sirvo?

“Más bien que, como eres un capullo intransigente, incapaz de reconocer sus errores y tan inútil como para no haber aprendido cualquier cosa con la que pasar el rato fuera del negocio, me estás jodiendo la existencia provocando la ruina de la empresa y sin dejarme actuar para tratar de evitarlo”.

—No, tito —Dani moduló la voz como un trabajador de un zoológico se mueve entre gorilas en época de celo—. Lo que digo es que me parece genial poder contar con tu ayuda. Pero, en definitiva, somos el primo y yo quienes poseen la empresa y quienes deben tomar las decisiones últimas. No hablo de dejar de contar contigo. ¡Queremos contar contigo! Queremos que nos sigas asesorando.

—Entonces, queréis que me quede.

Dani miró por el rabillo del ojo a su primo, que parecía haber emprendido el viaje de regreso a la Tierra.

—Sí, tito, nadie ha hablado de echarte...

Error.

—¡Pues es lo que parece!

—Tito: no —Dani levantó suavemente una mano, dejando ver la palma, en señal de paz—. No te lo tomes como un ataque, porque no lo es.

—¡No me lo tomo como un ataque! —su voz había subido varios decibelios—. ¡Es que me estáis diciendo que ya no hace falta que vaya para nada!

—Anselmo, baja la voz —susurró su mujer, mirando a todas partes.

—Sólo hablo de cambiar una cosa, tito. Y es atendiendo a una realidad: que ya estamos preparados para tomar iniciativas y que la empresa necesita de esas iniciativas.

—¡Vale! Estáis preparados, ¡vale! ¡Pero ¿por qué me tengo que ir yo?!

Dentro de la tensión y la furia, Dani se alegró consigo mismo al comprobar que su paciencia tenía límites más lejanos de lo que pensaba. Sin embargo, sabía que su tío ya no iba a querer salir del bucle en el que muy deliberadamente se había zambullido. Ya tenía licencia para hacer lo que más deseaba.

—Bueno, tito... Entiendo que, acostumbrado a hacer durante tanto tiempo lo que has considerado oportuno para la empresa, te choque que vengamos a decirte que queremos ser nosotros quienes lleven las riendas. Tú te consideras capaz de seguir trabajando como hasta ahora... Yo no.

Otra vez la expresión de su tío de permanecer atento, como esperando a que el traductor de taiwanés interviniera para descifrar ese recóndito dialecto de su sobrino. La tía Juani se había inclinado sobre su marido, como si quisiera escuchar mejor lo que Dani se proponía decir. La mirada de Felipe era relajada; estaba perfectamente integrado en la conversación y prefería seguir en silencio. Lucía, a la derecha de Dani, mostraba toda la naturalidad de la que era capaz, tratando de no cruzar miradas con nadie.

—Te he propuesto que nos dejes a mi primo y a mí actuar como los jefes que somos, pero no quieres. Me parece, en cierto modo, legítimo, pues llevas más años que nosotros aquí, aunque no me parece la opción más lógica, ya que solamente he propuesto seguir el orden natural de las cosas, que es: si tú estás jubilado, nosotros somos los administradores y ya somos capaces de actuar por nosotros mismos ¡aunque! no queramos renunciar a tu ayuda, deberíamos llevar a cabo una reestructuración de

responsabilidades.

»Por lo tanto y, como ya he dicho, no estando dispuesto a seguir en esta dinámica, considero que no tiene sentido que yo permanezca aquí. No sólo llevo años amargándome sino que ésta no es mi única opción para ganarme la vida.

Una bomba de silencio cayó en el centro de la mesa.

El tío Anselmo movió un poco los labios, como si quisiera sacarse algo de entre los dientes. La tía Juani tenía los ojos clavados en Dani; no parpadeaba.

—O sea —dijo finalmente el tío, con la voz anormalmente ronca—, lo que dices es que o me voy yo o te vas tú.

—Me cago en Dios, papá —Felipe, con la mirada aún fija, acababa de despertar—. Si te lo quieres tomar así, tómatelo. La cosa es que estás dando un por culo importante. La empresa está sufriendo para poder hacer los pagos porque las ventas han caído. Y han caído por cómo has gestionado la empresa, empeñado en seguir haciendo las cosas como si estuviéramos en 1963. ¡Joder, si sólo falta que con cada ristra de morcillas que vendamos, regalemos una estampa en la que salgan la Virgen y José Antonio y ponga "Por Dios y por España"!

»Dani se está dejando los cuernos con ideas para aumentar las ventas y tú le dices a todo que no porque son cosas que ni tu hermano ni tú habíais hecho antes. Y no las hacíais porque siempre habéis sido unos cobardes, sobre todo tú, que no conoces el concepto de "invertir", porque para ti, soltar un puto duro es gastar, y no entiendes que, para poder vender, primero hay que comprar. Y la carne no es lo único que se compra; también se compran servicios, se compran obras, se compran cosas nuevas, como la puta vitrina de la tienda de la calle San Pablo, que lleva siete años rota y no has querido cambiarla porque la carne se ve igual!

»Yo sé que soy un inútil, y cuando se murió el tío Ricardo me cagué vivo porque sabía que tú no ibas a poder llevar la empresa solo, y mucho menos yo. Pero cuando llegó el primo me relajé. Egoístamente, porque sabía que la empresa podía volver a ir bien aunque yo no hiciera una puta mierda, pero iba a ser a costa de su sacrificio. Ahora el primo te dice, lo buenamente que puede, que te pide permiso para poder sacar provecho de ese sacrificio, de poder llevar de verdad las riendas. ¡Cuando él podría, en vez de eso, llamar a la puta policía porque hay un jubilado en su empresa que se niega a salir de ahí! Pero tú, que tienes los huevos más gordos que tu barriga, le dices que no, que se joda porque tú vas a estar jodiendo la marrana hasta que te mueras, viendo cómo el barco se hunde y sin querer hacer nada. ¡No! ¡Impidiendo que los demás hagan

algo por evitarlo!

»Yo he tenido tiempo para interesarme por el manejo de la empresa y no he hecho nada, así que tengo lo que me merezco. Dani tiene dos putas carreras y ha venido aquí a ayudarme sin tener necesidad y renunciando a lo que de verdad quería hacer —se giró hacia su primo—. Dani, vete. De verdad. Prefiero irme a la mierda pero con el orgullo de tenerte como primo, que arrastrarte a la desesperación a la que te está llevando mi padre. En serio: seré más feliz así.

La segunda bomba no solo había liberado más silencio, sino también un espeso velo paralizante, a nivel tanto mecánico como neuronal.

Los estáticos ojos de Felipe recuperaron su lugar dentro de las órbitas al cabo de unos segundos. La cara volvió a alinearse con el plato. Esta vez, sin embargo, sonreía.

Dani carraspeó. Su corazón latía a tal velocidad que estaba convencido de que no era el único capaz de oírlo. Por debajo de la mesa, Lucía le dio un breve apretón de complicidad en el muslo y volvió a entrelazar las manos.

La tía Juani permanecía igual. Dani se preguntaba en cuál de las diez primeras palabras del monólogo de su hijo se había perdido.

El tío Anselmo no miraba a Felipe; miraba a Dani, que jamás pensó que podía encontrar en la mirada de su tío un odio tan feroz.

—¿No vas a decir nada, papá? —aunque la energía de Felipe se había ido apagando, tuvo la suficiente para tirar del hilo con el que deshacer aquel impasse.

—No —dijo el tío Anselmo tras unos segundos—. No tengo nada que decir.

De nuevo el silencio. Dani podía haberse rendido en ese juego estúpido, pero prefirió mantener la mirada a su tío, satisfecho al sentir que uno lo hacía para ganar un pulso mientras que el otro, simplemente, contemplaba los esfuerzos de una innecesaria demostración de orgullo.

El camarero reapareció.

—¿Qué falta por aquí a los comensales? ¿Habrás postre? ¿Café, quizás?

—La cuenta, por favor —pidió Dani.

—La cuenta —repitió su tío, levantando al mismo tiempo la voz y el dedo índice, sin apartar la vista de su sobrino—. Por favor.

—Ahora mismo —se marchó.

Otros segundos de silencio, interrumpido esta vez por Dani.

—Bueno, tito... Creo que ha quedado claro.

—Sí. Muy claro —se apresuró a responder. Pero no dijo nada más.

—Bien, me alegro de que sea así —Dani trataba de sonar tan tranquilo como al comienzo de la cita

La tía Juani fingió buscar algo en su bolso.

—Tu padre y yo recibimos la empresa de manos de tu abuelo, que estuvo hasta su último momento ahí. Tu padre se murió sin dejar de trabajar un solo día. Y ahora quieres que me jubile, quieres echarme a la calle porque no te gusta cómo trabajo. Yo, que he estado cincuenta años aquí. Yo sé muy bien cómo se hacen las cosas. Y me puedo equivocar, claro. Pero las cosas se hablan. ¿O no? —preguntó con ira.

—Sí, tito. Efectivamente, se hablan. Y es lo que he intentado durante años —Dani temió un segundo asalto—. Y es lo que nos ha llevado hasta aquí.

—Joder, papá, ¿no has dicho que sí que te había quedado claro?

—¡Pero ¿puedo hablar?! —se señaló mientras gritaba.

Felipe, cansado, lanzó la vista al techo con un resoplido.

Dani volvió a mirar a su tío, intentando mostrar solemne expectación. Sin embargo, éste parecía no tener nada más que añadir.

El camarero llegó con la cuenta, rápidamente atrapada por el tío Anselmo, quien miró la nota, desenfundó la cartera y sacó dos billetes de cincuenta y uno de cien para dejarlos en la bandeja y devolvérsela al camarero. Acto seguido, se levantó. Su mujer lo imitó. Felipe, consciente de su labor de chófer, hizo lo propio, no sin antes dedicar a Dani un guiño.

—Enhorabuena —felicizó Lucía cuando se hubieron alejado lo

suficiente. Le besó en la mejilla.

Dani, agotado y agradecido, sonrió.

Capítulo 2

Felipe

Mierda.

No quiero ir. No quiero salir de casa. No quiero estar en público. No quiero nada. Joder. Quiero que esta puta mierda se acabe pronto. Quiero que dure lo justo para volver a casa cuanto antes y no tener que ver a nadie más. Me cago en todo. No me explico como, viviendo en el centro de la ciudad y siendo un día sin tráfico, estamos tardando tanto en llegar al puto restaurante. Mi padre acaba de decir algo, no sé el qué. Le contesto con un sonido que espero que interprete como "entendido". Estoy mirando por la ventana intentando que el tiempo pase más rápido, no quiero que me distraiga con sus mierdas. Y esto es por su puta culpa. Se empeña en que vaya y yo no quiero. Ahora es mi madre la que dice algo. Cállate tú también, gorda de mierda. Estoy así por vuestra culpa, hijos de puta. En todos los putos sentidos. ¿Cuánto falta para llegar, joder? Sí, papá, Dani dijo que Lucía vendría. ¿Qué coño importa eso ahora? Dios, ¿por qué no me puedo quedar en casa tomándome un puto batido o lo que a mí me salga de los cojones? ¿No veis que me agobio, joder? Nada, a lo suyo. Que si mi tía Encarna nosequé o que si mi tío Manolo nosecuantos. ¿Qué cojones me voy a pedir cuando lleguemos? No quiero que me den la vara con que me pida algo más contundente o algún otro argumento de mierda. Sí, joder, ya estamos enfilando la calle. Ya era hora, hostia. Estamos en la puerta. Sí, bajad los dos del puto coche que ya me encargo yo de aparcarlo. Sí, joder, todo sea por perderos de vista un rato. Han entrado al restaurante. Ya puedo respirar tranquilo durante un rato. Joder, sí. El aire me sale por la boca, casi a presión. ¿Y ahora qué? Vale, gilipollas, ya me muevo, no hace falta que me pites por llevar medio segundo esperando, subnormal. Meto primera. Se me cala. Te vas a joder, imbécil, no lo he hecho a propósito pero ahora vas a esperar más, por listo. Que sí, coño, que estoy volviendo a arrancar; ¿no ves que me pones nervioso? Eres un gilipollas pero de los buenos, ¿eh? Ya está, ya me estoy moviendo. ¿Contento? ¡Que te den por culo! Venga, ahora a buscar aparcamiento. Estamos listos. Pero bueno, me la suda: cuanto más tarde en aparcar, más tardo en llegar; no hay prisa. No me jodas, ¿eso es un sitio? Sí, pero seguro que el coche no cabe ahí, así que a la mierda. Sigo buscando. Efectivamente, en esta zona está jodidísimo aparcar. Bueno, adelante. Semáforo. Pues nada, a esperar. No me había dado cuenta de que la radio sigue puesta. Apagada, hale. Paso de escuchar al puto Perales. Otro pitido. El gilipollas de antes. ¿En serio? ¿Cuánto ha tardado en darme el bocinazo desde que se ha puesto verde el semáforo? Ojalá y en vez de tenerme a mí delante tuviera a un puto gorila sediento de sangre. Iba a flipar el tonto del capullo. Ahora se abre un carril a mi

izquierda. Anda, adelántame, soplapollas. Venga, a tomar por culo. Haber salido antes. Bueno, a la mierda; paso de seguir buscando y que llegue otro idiota a pitarme; voy a un parking. Aquí cerca hay uno. El agarrado de mi padre habría dado veinticinco vueltas antes de plantearse meter el coche ahí, pero es tan capullo que, si yo hago lo mismo, me va a decir que por qué no lo he metido en un parking para no llegar más tarde. Gilipollas. Bajo la rampa del parking y enciendo las luces. La máquina que da los tickets dice que está escaneando la matrícula. Pues nada, escanea si eso te hace feliz. ¿Ya? ¿Puedo pasar ya? Venga, te cojo el ticket y... ¡premio!, levantas la barrera. Joder, ¿es que toda la ciudad ha querido aparcar aquí? Mierda, había otro parking más cerca del restaurante. Bueno, ya da igual. ¿Eso es un sitio libre? No, es un hijo de puta que ha metido el coche tan adentro que parecía que el sitio estaba vacío. Sus muertos. ¿Y ése? Sí, ése sí. Joder, y con razón. El inútil de al lado ha dejado medio morro en esta plaza. Ojalá te peguen un roce, cabrón. A ver, esto está petado. Pero no puede estarlo del todo si me han dejado pasar. A menos que se suponga que quede una plaza libre y sea la que ha invadido ese hijoputa. Como eso sea así, juro por Dios que me bajo del coche y le reviento la puta luna. No, ahí parece que hay un sitio. Sí, y holgado. Te has librado, imbécil. Aparcado. Pues nada, rumbo a la agonía. ¿He cogido el ticket o lo he dejado en el coche? Lo llevo en la mano. Pues de la mano al bolsillo. Hace un poco de fresco en la calle. Y el sol me encandila. Pero no: había que venir. Os odio. Joder. Aprieto el paso. No tengo ni puta gana de llegar, pero tampoco de estar en la calle pasando frío y guiñando los ojos. Avanzo el paso y me preparo para lo peor. Trago saliva. No, no me jodas. Tengo que poder tragar saliva. Mierda. Freno y hago un esfuerzo. Bien. No, de bien una mierda. He tenido casi que doblarme para poder tragar saliva, joder. Esto es una mierda. Me pondría a llorar, pero se me secaría la boca y empezaría a pasarlas verdaderamente putas. Cuanto antes llegue, antes tendré algo de agua para poder relajarme. Joder, el puto casco antiguo de esta ciudad está lleno de curvas. Una, dos, tres, isiete curvas para llegar a un puto restaurante que no tengo ni a cien metros! Al menos ya he llegado. Al matadero, pero ya he llegado. ¡Venga ya! ¿A qué temperatura han puesto la calefacción? ¿A cincuenta y siete grados? Mierda, necesito humedecerme la boca; esto es insoportable. Me abro paso a través de la barra del restaurante. Vale, ahí están, al fondo. Mi primo está casi de espaldas, pero la figura de mi padre es inconfundible. Acelero y llego. Llego y saludo. Saludo a mi primo y saludo a su novia. ¡Bien! El camarero ya está aquí; puedo pedirle agua. Ya la han pedido. ¿Pues dónde está, joder? ¿Le has traído a mi padre su puto vino y no has traído agua, cabrón? En un parking, papá. No hagas que hable, tengo la boca seca. He aparcado en un puto parking para que no me echaras en cara que había tardado mucho. El agua. ¡Sí, joder! Por fin. No alejes la botella: la voy a necesitar. Entrantes. Pedid lo que os salga de los huevos, me la suda. No quiero comer nada. ¿Que si quiero ostras? Vete a la mierda, mamá. No quiero ostras, joder. Para de insistir, hostia. Estás que me puedo meter eso de un trago. Dios, ¿también nos vas a tomar ya el plato principal?

¿Por qué no te vas tú también a la mierda, camarero? Venga, pedid, pedid. A ver si hay suerte y se olvida de mí. Mierda, no lo ha hecho. Tengo que pedir algo, y el caso es que tengo hambre. Pero, joder, no puedo. Me voy a asfixiar. ¿Qué hostias pido? ¡Una sopa! Eso es: una sopa de fideos. Joder, ¿cómo no? Estos subnormales poniendo el grito en el cielo porque es muy poco. A ver si el problema es que vosotros sois unos putos gordos. Que no quiero nada más, coño. ¿Es tan difícil de entender? Parece que para vosotros sí. ¿Una pelota? El camarero me ofrece una pelota. En la sopa. Quizá sí. Puedo hacerla mil pedazos y tragarla con el caldo. Bien por ti, tío. Adelante con la pelota. Ya se pueden callar estos gilipollas que se sienten orgullosos de ser padres y de preocuparse por que su hijo coma. Dani. Dani me pregunta cómo estoy. Lo quiero muchísimo. No quiero rayarle. Bastante tiene el pobre aguantando al anormal de mi padre todos los días. ¿Y él? ¿Cómo está mi primo? Hace poco se fue a vivir con su novia. Espero que el experimento le salga mejor que a mí. Al fin y al cabo, lo suyo parece amor, no conveniencia. Me hace gracia que los inútiles de mis padres todavía se pregunten cómo puede haber acabado el matrimonio de su hijo en divorcio. Pues quizás porque me forzasteis a casarme, idiotas. Una zorra, un pedazo de zorra que apareció de la nada. Y vosotros os creáis que era mí a quien quería. Se necesita ser gilipollas. "¡El heredero de Carnes Munuera ha encontrado el amor!". ¡Pero seréis imbéciles! En lugar de preocuparos por mí, en lugar de protegerme de hijas de puta como ésta, os cegasteis con la idea de que me comprometiera. Sois unos egoístas de mierda. De verdad, ¿quién iba a querer a alguien como yo? Dios, mira que llegáis a ser gilipollas. ¡Pues claro que me acabo divorciando! Y gracias a la ayuda de mi primo que esa puta no me desplumó. Pero ¿vosotros? ¿Vosotros, que hasta llegasteis a echarme la culpa de mi fracaso? ¿Vosotros, que os pusisteis de su parte y estuvisteis a punto de darle parte de la empresa incluso después del divorcio? Vosotros, hijos de la grandísima puta, me habéis llevado siempre por donde habéis querido, sabiendo perfectamente que nunca he sido una persona sana pero fingiendo lo contrario para que no os sintierais incómodos, hasta el punto de no querer ver que alguien que quisiera casarse conmigo buscaba en realidad casarse con mi puto dinero. Ojalá os muráis. Ojalá seáis vosotros quienes se asfixien con este jamón. Engullís como cerdos y, con suerte, eso os pasará. Come, cerdo, come. No, asfíxiate tú, cabrón, y déjame tranquilo. Mierda, no vas a parar hasta que coma. Eres tan imbécil. Me echo una puta loncha a la boca y te callas, ¿vale? Joder, siempre me ha costado comer jamón, antes de emparanoiarme con esta mierda. Tenías que insistir en que comiera, gordo. Joder, necesito agua para tragar esto. ¿Contento, gilipollas? Sí, mírame con desprecio, con esa cara tuya de decepción; así al menos te relajas un rato. Joder, no. Tú también no, gorda de mierda. Cómete tus putas ostras y déjame tranquilo, que ya le he dicho al mongolo de tu marido que no quiero nada, coño. Venga, hablad, hablad y dejadme en puta paz. Hay agua suficiente, ¿no? No, la verdad. El camarero ha llenado todas las copas, aunque yo sea el único que vaya a beber. Relleno la mía. Ya he vaciado la botella. A ver si alguno me mira... Sí. Otra, por favor.

Pues nada, ya está: la gorda ya se ha zampado las ostras y, el gordo, el jamón. Ya están aquí los principales. Manos de cerdo para mi padre... Menudo vicio ha cogido con el canibalismo. Mi sopa tiene buena pinta, pero la pelota es enorme. Bueno, no hay problema. Se parte fácilmente con la cuchara. Muchos, muchos pedazos. Migajas, prácticamente. No es ni la mitad de apetecible así, pero al menos me la puedo comer. No quema. Está bien de temperatura. Y los fideos me pasan sin problema por la garganta. Esto pide pan. ¿Me atrevo? Vamos a probar. Un pedazo no muy grande. Mierda. Mierdamierdamierdamierdamierdamierdajoderdondeestaelputoaguacoñomeca goenlaputaaquiestábebopasadeunavezcoño. Hostia.

Me cago en Dios.

Ni un puto pedazo de pan, ijoder! Qué ganas de llorar, coño. Paso. Su puta madre. Joder, qué susto. A la mierda. No sigo. Y que tenga huevos mi padre a decir algo, que le parto la cara. Nah... Está a lo suyo, con sus manos, poniéndose ciego. En una de éstas se va a confundir y se va a pegar un bocado en el dedo, el puerco. Mi madre está repelando esas chuletas. Otra puerca. Mi primo ya se ha jalado su solomillo. Él come muy rápido. Y Lucía parece que está terminando ya su pescado, fuera el que fuese. Que alguien diga algo. Que alguien hable antes de que mi padre levante la vista del plato y encuentre otra razón para tocarme los huevos. Bien ahí, Dani. Os dejo solos. No, qué coño; me has mencionado también a mí. No me jodas. ¡No me jodas, Dani, que lo estás haciendo! ¡Olé tus huevos, primo! ¡Por fin! Por fin le estás diciendo a mi padre lo que yo no me he atrevido a decirle. No te dejes achantar; díselo todo. Dile que es un gilipollas anclado en el año de Maricastaña y que no te deja hacer nada porque sigue creyéndose el amo y señor de la empresa cuando en realidad es un puto inútil. Que no te dé la vuelta. Ya sabes cómo es. Pero tú eres más listo, claro que sí. ¿Qué? No, Dani, tío, no. ¿Que te vas? Es coña, ¿no? Mierda, si te vas nos vamos todos a tomar por culo. Dios, pero tienes razón. Estás jodido, estás muy jodido. Si sigues así, vas a palmar antes tú por desesperación que yo atragantándome con una lenteja. Y estaremos en las mismas. Mira, ya lo he dicho pero lo repito: ¡Ole tus putos huevos, nene! Papá, cállate la puta boca. Eres un gilipollas y un inútil. Eres la puta ruina de la empresa. Y estás matando a Dani, puto gordo egoísta. Le estás costando la salud.

Yo seré un inútil, pero lo reconozco. Tú, sin embargo, no reconoces una mierda, no quieres ver que nos estás jodiendo a todos pero bien.

Dani, primo mío, querido mío: vete. Has tenido los huevos para aguantar años con el subnormal éste. Has asumido las responsabilidades que no he asumido yo porque no valgo para nada. Y, encima, cuando tú ya tenías otra vida montada por tu cuenta. Te lo mereces, tío. Tu padre estaría orgulloso de ti. ¡Qué coño! Lo está. No sé si hay un cielo, un *más*

allá, un limbo un lo que hostias sea, pero fijo que está orgulloso de lo que has hecho desde que naciste hasta este puto momento. Vete. Es mi regalo. Es lo único que puedo hacer. Me iré a la mierda cuando este capullo nos termine de arrastrar a la ruina, pero seré feliz porque tú estarás haciendo lo que realmente has querido hacer siempre.

Hala. Ya lo he dicho. Qué silencio.

¿No vas a decir nada, gordo?

¿No?

Ah, ya sabía yo que no ibas a olvidarte del derecho a decir la última palabra.

Cállate ya, coño. Ya lo hemos dejado todo claro.

Venga, el numerito de "pago yo, que me has ofendido"... No puedes ser más ridículo, gilipollas.

En fin... Nos vamos ya, ¿no? Pues venga. A ver si, con suerte, el cabreo te provoca un infarto, cabrón. Y que nos pille ya en casa, no vayamos a darle la comida a esta gente.

Adiós, Dani. Te admiro muchísimo.

Adiós, Lucía. Cuídamelo.

Y espero poder decirte adiós a ti también, puto gordo de mierda.

Capítulo 3

El mundo desde arriba

El colega está feliz. Hoy, el colega está muy feliz. Lleva ya un par de horas en el trabajo, pero se le han pasado volando. Nada que ver con ayer. Ni con antes de ayer. Ni con toda la semana. Ni con todos los años de mierda que ha pasado trabajando en este restaurante. No.

Hoy está feliz.

Una pareja entra. Llega al comedor. Y él acude a recibirlos con sendas cartas en la mano.

—Bienvenidos —saluda con su mejor sonrisa, una sonrisa inspirada—. ¿Desean una mesa?

—Sí, por favor —responde el bigotudo miembro varón de la diada—. Para dos.

—¿Cómo no? Acompañenme, si son tan amables.

Y tanto que lo son. Le acompañan donde les indica. Le acompañarían allá donde él les dijera.

—Aquí tienen —les cede el paso con un movimiento de su brazo, como un torero desliza su capote—. La mesa 1 para los primeros comensales del día.

—Muy amable —le felicita la mujer con su propia sonrisa, una sonrisa divertida, cuando él la acomoda en la silla.

—¿Qué beberán los señores? —les cede las cartas.

—Una cerveza, por favor —pide ella.

—Sí, dos cervezas —corroborra el marido desde su bigote.

—Enseguida, señores.

Camina hacia el botellero y saca la comanda. Pero lo piensa mejor. No se lo han pedido, no les ha preguntado, pero va a tener el detalle.

Vuelve a la mesa. Y lo hace con un cubo lleno de hielo y agua fría. Y muchas cervezas.

—He supuesto que no tomarían sólo una —aclara—. Así que me he atrevido a traerles éstas para garantizar que estén bien heladas llegado el momento de abrirlas.

—¡Ah! ¡Muchas gracias! —ella abre mucho la boca—. Sí, supongo que será así.

—Gracias —sonríe a su vez él.

Orgullosa, inclina ligeramente la cabeza y los deja decidiendo qué van a comer.

Deben tener cincuenta y tantos años. El colega se pregunta si seguirán follando.

—¡Róber! —sí, ése es su nombre. Y lo ha pronunciado Sandra—. ¿Me dejas un momento tu sacacorchos? No encuentro el mío.

Escruta sus bolsillos y saca la herramienta. No, saca dos: su sacacorchos y el de Sandra.

—Vaya... —está sorprendido—. Lo debo haber cogido sin darme cuenta.

Se lo devuelve a su legítima dueña. No está resentida. ¡Qué va! De hecho, le sonríe.

—Perdóname —insiste él—. No sé dónde tengo la cabeza hoy.

—Tranquilo —ella también está tranquila—. Acuérdate de cómo fue la cosa ayer.

Sí, lo recuerda. Ayer, Sandra estaba muy agobiada. Y él también lo estaba. Pero hoy no. Hoy está feliz. No sabe por qué; ni cómo ha llegado hasta ahí. Tan solo sabe que hoy está feliz.

Como el misterio del sacacorchos desaparecido ya ha sido resuelto, vuelve a la mesa de esa feliz pareja.

—¿Qué tal los señores? ¿Algún entrante a la vista?

—Sí: unas gambas —resuelve Bigote.

—¿Rojas y a la plancha? ¿Una docena ponemos? —ofrece y la pareja asiente—. Una docenita de gambas coloradas —apunta—. ¿Alguna

cosa más? ¿Pasamos a los principales si lo tienen claro?

—Sí, yo voy a pedir un lenguado —pide ella.

—¿Querrá que se lo limpiemos antes de servir?

—Oh, pues sí. Muchas gracias.

Él responde con un gesto servil ante la agradecida sonrisa de ella.

—¿Y el caballero?

—He visto que habéis hecho migas... ¿Puede ser?

—Es y será, señor.

—Pues que así sea —juega el comensal.

—Excelente, señores.

Acude a cocina para dejar la nota y, en cuanto se dispone a emprender el camino de vuelta, descubre a un sujeto a la entrada del comedor; sostiene su abrigo beige en el antebrazo. Raudo se aproxima a él.

—Bienvenido.

—Bienhallado —responde el nuevo cliente. Deben tener más o menos la misma edad. De hecho, se parecen bastante, ahora que lo piensa.

—¿Querrá usted una mesa?

—Una mesa yo querré.

—Si usted me acompaña...

—Mas antes debe saber...

—Diga usted, pues.

—Que a solas no comeré.

—Tenga a bien disculpar mi imprudencia. ¿Cuántas personas le rodearán?

—Tres tríos, no más.

—Y una mesa reservada para diez está destinada sin duda a ser la suya. ¿Me equivoco?

—No se equivoca usted.

—Ruego me siga.

Guía a su reflejo hasta la larga mesa que han preparado esta mañana. En realidad, son las mesas 4, 5 y 6. Como él se encarga de las impares entre la 1 y la 12, hoy atenderá esta fusión junto a Sandra, que se ocupa de las mesas pares.

Su nuevo amigo se sienta en la silla que más le apetece; se ha ganado ese derecho por haber sido el primero de su grupo en llegar.

—¿Qué tal si, mientras espero, me pone un Bitter Kas? —solicita.

—Por supuesto —en realidad, ya sabía cuál era la bebida que iba a pedir. No lo habría adivinado, es cierto; pero, al oírlo, descubre que ya lo sabía.

—Róber —otra vez la voz de Sandra. Se gira y la encuentra tras él—. Te acabo de sentar a una pareja en la 3.

Él mira en esa dirección y comprueba que, efectivamente, dos espaldas sentadas a la circularidad de la mesa esperan ser atendidas.

—Muy bien —responde—, gracias. Sírvale al caballero un Bitter Kas, porfa.

Camina hacia sus nuevos focos de atención. Lo hace con premura, pero también con suavidad.

—Bienvenida sea esta feliz pareja —saluda, provocando un divertido respingo en la chica, que sonríe ante su inesperada llegada—. ¿Tomarán algún aperitivo mientras esperan —señala la parte vacía de la mesa— al resto de asistentes?

—Sí: dos cañas —la muchacha mira a su acompañante—. Tú querías otra, ¿no, Dani? —Dani asiente—. Dos cañas, sí.

Inclina la cabeza, entorna los ojos y alarga los labios, todo en un mismo gesto antes de partir a completar su nueva misión.

Mientras se hace con la botella, desde la ventana de la cocina le

reclaman.

—¡Las gambas, Róber!

—¡Voy!

Coloca las dos cervezas en una bandeja y toma ésta para regresar con los jóvenes enamorados.

—Una caña para la moza —la sirve— y otra para el mozo —lo propio—. ¿Algún entremés?

—No, gracias —responde sonriendo el chico. Se llamaba Dani, ¿no? Sí, Dani—. Gracias.

Nueva inclinación de cabeza y nueva partida. Toma el plato de gambas, el cual presenta ante el alegre matrimonio.

—Y... —lo coloca en el centro de la mesa y entrega a cada uno un sobrecito con servilleta perfumada—. Aquí tenemos unos simpáticos crustáceos. ¡Que los disfruten!

—¡Gracias! —sonríe ella. Mister Moustache también.

Alza la vista y encuentra a una hermosa muchacha acercándose al umbral del comedor. Sabe que ha de atenderla. Y, como lo sabe, camina. Y, como camina, llega. Y, como llega, la atiende.

—Buenas tardes, señorita. Deduzco que anda buscando una mesa en la que sentarse a comer.

—Eso es —responde la rubia tetuda—. Somos varios, tenemos una mesa reservada. No sé si habrá llegado ya alguno...

—¿Para diez personas?

—¡Sí!

—Por favor —le cede el paso.

Ella no tarda en ver el cogote de su amigo y comienza a dar saltitos para llegar hasta él y tapanle los ojos con las manos.

—¿Quién soy?

—Hola, Maruchi —responde el otro sin molestarse en mostrar

diversión, cosa que no afecta en lo más mínimo a la chica.

El colega piensa que, de habérselo hecho a él, habría acabado bien empalmado. De hecho, ya empieza a notar un atisbo de erección. Espera a que Maruchi se siente, lo cual dura lo que dura su proyección sobre cuáles serán los asientos que elegirán sus compañeros de mesa.

—Maruchi, ¿qué tal si te sientas en cualquier sitio y que los demás se busquen la vida? —le sugiere el otro—. Tú ya has hecho tu parte llegando a tiempo.

—Ay, pues también es verdad —sonríe mucho. Sonríe y guiña. Le mira. Bajo el jersey rosa chicle con adornos plateados, sus dos buenas tetas son más que apetecibles.

—¿Querrá algo para beber la joven?

—Ay, no sé... ¡Sí: una Coca-Cola Zero!

Y regresa al botellero. Mientras coloca hielo y limón en el vaso donde servirá el brebaje, ve que el joven Dani y su joven pareja mantienen un tenso silencio. ¡Y tan tenso! ¿Cómo lo ha podido pasar por alto? Está bien que los chicos no quieran pedir nada de carta hasta que se llene la mesa, pero eso no les priva del derecho a picotear algo. Hay que poner solución a eso, de modo que coge uno de esos cuenquitos con variantes de cortesía y acude a la mesa de Dani antes de abreviar a la vaca lechera.

—Aquí tienen los muchachos —anuncia al poner frente a ellos esa macedonia de pepinillos, aceitunas y cebolletas—. No sabemos cuánto tardará en llenarse la mesa, ¿verdad? ¿Qué menos que un pequeño aperitivo por cuenta de la casa?

Dani sonríe y agradece. La joven sonríe y agradece. Está buena. Pero sus tetas no tienen nada que ver con la chavala de la Coca-Cola Zero. Coca-Cola Zero que el colega sostiene en su mano derecha, junto al vaso. Tiene una misión que cumplir.

—Un refresco con cero cantidades de azúcar para la ya dulce señorita —anuncia al escanciar la botella.

—Jijiji —ríe Maruchi—. ¡Qué gracioso!

El colega es un profesional. Pero sabe que, con un par de gracias más, hoy se la folla.

Con elegante formalidad, saluda a Maruchi y a su compañero de mesa y se retira. No se sorprende al ver llegar al comedor a tres ruidosos

gachós que, al ver las berzas de Maruchi, corren hacia ellas. Ella los saluda, al igual que el mozo del Bitter Kas. El colega se da cuenta entonces de que son compañeros de mesa, no unos espontáneos enloquecidos por mamar de la rubia.

—¿Qué les sirvo a los señores? —pregunta en cuanto concluyen los besos en las mejillas y las sacudidas de manos.

—Pues... Ponte un poco de embutido, ¿no? —propone el primero, un tío con gabardina y peinado en cepillo.

—Y una jarra de cerveza —dice el segundo, el más bajo de los tres y también el más gordo.

—Y unas almendritas —termina el tercero desde su oscura perilla con forma de candado y sus pequeños ojos.

—Ahora mismo, caballeros —toma nota mental del pedido de los tres cerditos y enfila su camino hacia la barra.

Don Bigotes y señora disfrutan en silencio de sus gambas. Todo bien por aquí.

—Dos platos de embutido y almendras cuando puedas, Luis —le pide al compañero de la barra.

—¡Ahora voy! Espera un poco, que estoy cortando este jamón...

Efectivamente, Luis se está peleando con una buena pata bien curada. ¿Tardará mucho? En absoluto. Tan pronto como termina de rellenar el plato, prepara otro con una generosa cantidad de fiambres y un artístico centro de almendras. Se dispone a arreglar el siguiente.

—Y una jarra de cerveza.

—¡Vamos allá!

—Hola.

El colega se sobresalta. A su vera han brotado cuatro personas como si fueran champiñones tras la lluvia.

—Bienvenidos, señores —recibe tratando de disimular el susto que aún le sacude el cuerpo. Son dos parejas, algo mayores que él, algo menores que los gambívoros. Todo muy normal, pero ¿de dónde habían salido?—. Una, dos, tres y cuatro. ¿Me equivoco?

—Muy acertado —felicita uno de los varones.

—Acompáñenme, pues —toma cuatro cartas y les guía a una bonita mesa rectangular. La mesa 7. Está preparada para cinco personas, así que cede las cartas a los cuatro nuevos clientes y retira el quinto cubierto.

—¿Pondremos algo para beber? —inquire.

—Yo querré un Martini seco —pide el varón de antes.

—Una cerveza —dice la que, a su vera, parece su pareja—. ¿Tenéis Heineken?

—Desde luego —cambia de lado—. ¿La señora?

—Agua, por favor.

—Muy bien. ¿Y el caballero?

—Otra cerveza. ¡La que tú quieras! No me voy a poner exigente como la pija ésta.

El colega sabe que no se va a calentar la cabeza y va a traer dos Heineken. Pero antes acude a la barra para cargar con la comanda de la mesa grande, donde están sentados su doble, Maruchi Mamellas y los tres cerditos, que gruñen anticipando los resultados de esa comida. Y vuelta a la barra.

—¡Luis! ¡Martini seco!

—¡Va!

Nuevo viaje al botellero. Con la mano derecha toma entre los dedos las tres botellas de vidrio. Deja la izquierda libre.

—¿Lo tienes, Luis?

—¡Aquí te lo dejo!

Y toma el vaso con su prevenida siniestra para regresar a la mesa 7.

—Caballero —le cede el vaso al idiota que va de esnob—. Agua para la señora —despoja de su chapa a la botella de un litro—. ¿Querrán agua los demás? —como todos niegan, sirve solamente a la abstemia—. Y

dos Heineken —anuncia.

—¡Joer! —se queja el tío al que no le importaba qué cerveza beber—. ¡Si al final voy a quedar también como la pija!

El colega se congela en la sorna, mirando desde arriba al tipo, inmóvil el abridor sobre la botella.

—¡No, no! ¡Ponla, hombre!

El colega se descongela y sonrío.

—Las damas, primero, si no le importa —sirve a la moza, sirve al mozo—. ¿Han decidido ya?

—Aún no. Nos hemos liado a hablar y... —confiesa el sibarita.

—No se preocupen. Volveré en un momento.

Para evitar un vacío en sus deberes, el destino le envía una momia a la que sentar. Viene acompañada de otra mujer, mucho más joven y mucho menos arrugada.

—Buenas tardes, señora y señorita. ¿Buscan una mesa donde comer?

—Buenas tardes —saluda la vieja con voz quebrada—. Sí, haz el favor.

—¿Esperan a alguien más?

—Vamos a ser cuatro —responde la que parece ser su hija.

Él las conduce a la mesa 9 y pregunta cuando toman asiento:

—¿Querrán una bebida?

—Agua, por favor —pide la joven.

En un abrir y cerrar de ojos, el colega vuela hacia el botellero, carga el ornamentado vidrio azul, se hace con un socorrido cuenco de variantes y reaparece dispuesto a servir.

—Hola, bienvenidos. ¿Desean una mesa? —es la voz de Sandra, otra vez.

Se gira. A su espalda acaba de llegar un idiota. Pero no viene solo, sino acompañado de un niño idiota. Los conoce. El idiota mayor lleva

viniendo desde que tenía la edad del idiota menor. Empezó acompañando a sus padres; luego, a su mujer; más tarde, a su mujer y a su hijo; finalmente, al hijo de su exmujer.

—No, ya la tenemos —responde el fracasado—. Vamos, Chopi.

Marchan hacia su mesa. Sandra le mira.

«Tuyos son», lee en sus labios.

El colega sonrío espera a los tarados con mantenido porte. Saludan al carcamal. Saludan a la doncella. Y encaja de súbito a la familia. Falta el viejo. Palmó no mucho tiempo atrás. Hacía años que no veía a esas mujeres; solamente a los hombres.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué tomarán?

—Pues a mí me vas a poner un tinto de verano. Que, aunque sea invierno, yo voy un poco «a contracorriente», como dicen algunos.

—Seguro que podremos hacer frente a las adversidades del calendario. ¿Y el señorito?

—¡Una Coca-Cola! —grita el engendro de poco más de un lustro mientras aporrea su tablet—. ¡Y una Fanta!

—Pero decídase, joven.

—Mira, ponle las dos y que se aclare él.

—Como gusten. La Fanta, ¿la querrá de naranja?

El niño ensordece destrozando a dedazos la pantalla del aparato.

—¡Chopi! Que si quieres la Fanta de naranja o de limón.

—¡Sí! —aúlla.

El colega mira al responsable del esperpento.

—¿Querrá también que le traiga una de cada?

—Nah, tráesela de naranja, que es la que suele tomar.

—Enseguida.

Ligera reverencia y giro sobre sus talones.

Los de la 1 parecen haber devorado ya sus gambas.

—¿Qué tal estaban estas pequeñas?

—¡Maravillosas! —se maravilla ella.

—Sí, sí. ¡Muy buenas!

—¡Por Dios, Pepe! Límpiame que... ¡Jajaja! ¡Que llevas...! ¡Jajajaja!
—ella empieza a sufrir un ataque de risa floja—. ¡Que llevas un trozo de cáscara en el bigote! —y firma el veredicto un grito que soñaba con ser carcajada.

Pepe se limpia azorado su principal atributo. Él le mira con serenidad. Con sus ojos le lanza un «No se preocupe: eso es gracioso y está bien».

—¿Qué tal si traemos ya ese lenguado y esas migas?

—Estupendo —dice ella secándose las lágrimas con la servilleta.

Retira los platos con las cáscaras, confiando en que entre ellas se encuentre la que buscaba un nuevo hogar en el bigote de Pepe. Entra a la cocina.

—¿Cómo va el lenguado?

—¡Cinco minutos!

Perfecto. No necesita más. Llega al botellero. Saca el tinto ya precocinado y los dos refrescos. Toma tres vasos. Hiela los tres. Rodaja de limón en dos, de naranja en uno. Rumbo a la mesa de moza, vieja, idiota 1 e idiota 2.

—Un invernal tinto de verano para el caballero —escancia el brebaje industrial—. Una Coca-Cola para el jovenzuelo —repite la operación—. Y... ¡Oh! Una Fanta, ¡también para el mozo!

—¡La quiero de limón! —desgarra el niño de mierda.

—¡Alfonso! —le espeta la chica—. Te has pedido una Coca-Cola y una Fanta y no te vas a beber ninguna. Deja de dar el coñazo.

—¡No me llamo Alfonso! ¡Me llamo Chopi!

—Bueno, va... ¿Qué pedimos? —quiere saber Papá Chopi.

—Quizá les apetezca un plato de embutido y queso.

—¡Sí! —grita Chopi.

El colega mira al resto.

—¿Están de acuerdo los señores con la decisión del marqués?

—Sí —responde la anciana con la mirada baja, seguramente buscando una piedra bajo la que ocultarse o con la que descalabrar al miserable jumento.

La moza hace un gesto de conformidad. El colega anota en su libreta y desata la estrategia para evitar que el futuro cadáver termine pagando por cualquier plato más caro que acabaría ignorado.

—Creo que alguien va a querer unos huevos fritos con patatas.

—¡Yo! —Chopi lanza la tablet a los cielos. Cae tras su silla con un ruido sordo que indica que la funda protectora ha cumplido su función.

—¡Muchacho! —«reprende» el padre—. ¡Que los Reyes Magos no van a dar abasto para tus tablets!

Madre e hija cruzan miradas de desesperada vergüenza.

—¿Señoras? ¿Rodaballo, lenguado, emperador? ¿Entrecot, solomillo, carrillera?

—Carrillera.

—Rodaballo.

—Entrecot. Pero no me pongas verduras de esas a la plancha. ¡Unas buenas patatas!

—Le pediré al cocinero que me permita ser yo quien realice esa operación destinada en un principio a él, señor.

Toma nota de todo y marcha a la cocina, donde deja la comanda. Se acerca a él un matrimonio de gordos. El matrimonio Munuera. De carnes Munuera, la cadena de carnicerías más famosa de la ciudad desde hace más de medio siglo.

—Bienvenidos de nuevo, señores. ¿Acierto si digo que quieren una

mesa?

—Sí, pero creo —responde el orondo patriarca— que mi sobrino está ahí sentado haciéndome señas. ¡Jejeje!

El colega sonrío y sigue al pseudomagnate y señora. Intercambian besos con Dani y la novia de Dani. Le toca.

—¿Qué van a beber los recién llegados?

El tío se prepara, como si fuera a dar un discurso.

—Mira, al centro vas a poner una botella de agua... Y yo voy a querer un vino negro.

No tiene ni puta gracia. Y menos aún cuando es la quinta vez que le hace la broma. No es el único cliente que se cree gracioso, pero sí el que más insiste en parecerlo. Sin embargo, hoy el chascarrillo consigue arrancarle una sonrisa.

—Lo tengo blanco y lo tengo tinto, señor —responde de manera ritualista.

—Bueno, pues entonces el que no sea blanco.

Amplía su sonrisa ante la conclusión de la chanza y mira a la esposa del chistoso.

—A mí ponme una cerveza. Pero sin alcohol —se apresura a señalar, quizá por miedo a ser considerada una borracha, quizá para asegurarse de que no se va a emborrachar. Termina subrayando:—. Sin alcohol.

Se dispone a abrir el botellero cuando recuerda:

—¿Tenemos el lenguado por ahí?

—Y tus migas.

Le señalan los platos. No han limpiado el lenguado. Donde otros verían un problema, él ve una oportunidad para lucirse.

—Unas sabrosas y contundentes migas —las coloca frente a Pepe. Se pregunta cuántas de ellas se quedarán en ese filtro de pelo y jamás llegarán a ser devoradas—. Y un lenguado que vamos a proceder a limpiar en un santiamén.

Trae para sí la pequeña mesa auxiliar que descansa junto al atril de entrada al comedor. Coloca la pieza de pescado en un nuevo plato. Un corte longitudinal. Unos toques para separar las espinas del lado superior. Ya tenemos un lomo. Lo coloca en su plato de origen, junto a la guarnición de verduritas. Separa las espinas de abajo. Segundo lomo y la noticia de que era una hembra a punto de desovar.

—La señora está de suerte —anuncia—. Esta pieza viene cargada de huevas. Pero tranquila: la casa no le cargará el suplemento.

La mujer ríe con ilusión ante el inesperado acontecimiento. El colega sigue su labor y voltea el pescado. Repite los movimientos de sus cubiertos y termina presentando un simétrico y artístico plato de cuatro lomos y dos buenos lotes de huevas.

—Que lo disfrute, madame.

Retorna la mesa auxiliar a su origen. Baja a la bodega. Un crianza cualquiera; le gustará igualmente al carnicero. Botellero. Deja el tinto a mano. Una sin y una de agua. Rumbo a la mesa de los Munuera.

—Una cerveza sin alcohol para la señora.

Con impaciencia infantil, la señora le acerca la copa para facilitarle la tarea.

—Y un vino «no blanco» —destaca al tiempo que lo descorcha— para el caballero.

Divertido, el muy obeso ríe la complicidad de su gracia. Sus tres papadas botan con ritmo.

Alguien acaba de llegar a su lado. Es el hijo del gordo, parece agitado.

—Buenas —dice a la mesa, a nadie en concreto.

Dani y su novia se levantan a saludarlo.

—Una nueva presencia siempre es bienvenida —saluda, a su vez, el colega—. ¿Qué querrá beber el nuevo caballero?

—Agua, por favor.

—Ya la hemos pedido —aclara su padre.

—Pues ya está.

—¿Has aparcado bien?

—Sí, en un parking.

Llena la copa del recién llegado. Repite la tarea con las copas de los demás.

—¿Qué vamos a pedir? —quiere saber la gorda.

—¿Les parece bien un plato de jamón al centro y una ensalada de la casa? —ofrece llenando la copa de la chica y aprovechando para ojear desde arriba su escote.

—¿Ostras tienes? —sigue preguntando la gorda.

—Recién traídas.

—Pues ponte dos... Cuatro, ¿no, Felipe?

—No, yo no quiero —responde su hijo.

—¡Pero si te gustan!

—Mamá, no quiero. ¿Vale?

—Bueno, pues ponte dos ostras —le ruega.

—Y el jamón y la ensalada —recuerda la chica. Está clarísimo: Maruchi va mejor armada.

—Muy bien. ¿Y entrando en materia? Hoy tengo unas chuletas de cabrito especiales —se permite presumir.

—¡Uy! —la gorda ha tenido una revelación—. ¡Yo voy a querer de eso!

El colega saca la libreta y apunta las chuletas. Quizás, si en lugar de eso hubiera dicho «Tengo una mierda así de grande para que te zampes», ella habría reaccionado igual.

—Yo voy a querer una lubina —decide la jovencuela.

—Un solomillo a la plancha. Poco hecho —se adelanta Dani.

—¡Unas manos de ministro! ¡Jijijiji! —ríe el gerifalte. Como no es la primera vez que recurre al chascarrillo, el colega traduce «manos de

cerdo» a su libreta.

—Sólo me queda por saber lo que comerá el joven —mira al primo de Dani.

—Una sopa de fideos.

Como si hubiera anunciado su inminente suicidio, los padres del tipo ponen el grito en el cielo ante su comanda, frugal frente a las demás.

—Vamos a ver... No tengo hambre. Si quiero algo, ya lo pediré.

Como esos gordos no van a parar hasta que su hijo pida kilo y medio de comida, el colega trata de sacarlo del apuro.

—¿Querrá una pelota en su sopa?

Tras dudar un instante, el tipo le mira y asiente. Parece que ha entendido sus intenciones.

Satisfecho con su buena obra del día, marcha a la cocina, donde deja la comanda, y se gira para dar con más gente que espera ser atendida. Son dos jovencitas y su proxeneta. Una de ellas es guapa, pero guapa de cojones. Piel tostada para ser invierno, ojazos verdes y oscura melena lisa. Y tiene un cuerpo más equilibrado que el de Maruchi. Pero las tetas de Maruchi son las tetas de Maruchi. La segunda moza también está bien, pero limitándose a un «correcta». Quizá lo más llamativo sea el corte de la falda de su vestido, que casi ofrece un ápice de bragas. El tío, por su parte, va sin afeitado y prefiere estar viendo un partido de fútbol.

—Bienvenidos. ¿Desean una mesa?

—Tenemos una reserva —responde la exhibicionista—. Para diez.

Pues claro. Pero tenía que preguntar.

—Por aquí, por favor —y los guía al lugar en el que Maruchi se come a besos a los tres, los macarras aprovechan la excusa para meter mano y el tipo discreto actúa con discreción.

Regresa a la 7, donde las dos parejas han decidido.

—Para el centro, una ensalada de langosta de esas tan buenas que tenéis —solicita el capitán pretendiendo demostrar asiduidad y buen gusto.

—Y un plato de jamón —añade su amigo.

—¿Algo más para empezar? —pregunta el colega mientras anota.

—Por mí no —sentencia la cervecera, y añade:—. Yo querré la codorniz en escabeche.

—Codorniz —anota.

—Osobuco —pide el listo.

—Osobuco.

—Paletilla de cabrito.

—Paletilla.

—Bacalao —termina la acuosa.

—Y bacalao. Enseguida.

Retira las cartas y gira sobre sus talones para encontrar a Sandra sentando a un matrimonio con hijo en una mesa vecina. Y el trabajo se acumula, pues una pareja se acerca al comedor. Corre a la cocina para dejar la comanda y acude a la recepción de los nuevos clientes: hombre y mujer de treinta y tantos, bien parecidos.

—Bienvenidos —celebra por enésima vez en el día—. ¿Querrán una mesa?

—Buenas. Lo cierto es que ya estamos viendo cuál es la nuestra —explica el tipo señalando a Maruchi y compañía.

—Por favor —y les cede el paso.

—¡Bueno, buenooooo! —grita el gorrino de la perilla cuando los compañeros que faltaban se unen a ellos.

—¿Y eso que venís los dos juntos y tardeeeee? —corea el tapón, seguramente envidioso de no trincharse a la jamelga que acaba de llegar, como no lo hará con Maruchi.

—Las cuentas, que hay que cerrarlas bien antes de salir de trabajar —explica el nuevo con un suave tono de reproche que pasa por completo desapercibido.

—Sí, sí... Las cuentas —insiste el enano gordo.

—Damas y caballeros —lo calla ipso facto el colega—, ya que la mesa está finalmente completa, procederemos a servir el menú.

—¡Clarooo! ¡Tú no te cortes! —exclama el pelo-cepillo con una crujiente risa final.

—¿Algo en especial para beber el señor y la señora? —pregunta el colega en dirección a los que se acaban de sentar.

—¡A estos nada! ¡Castigados! ¡Por llegar tarde! —otra risotada de anormal por parte del cepillo.

—¿Tú quieres algo, Merche? Yo con la cerveza voy bien.

Merche sacude agradecida la cabeza.

El colega advierte que una de las jarras ya está vacía, así que la toma para rellenarla.

—¡Embutidos y queso! ¡Y jamón! —le anuncia Luis a su llegada.

Deja la jarra, toma los platos y los lleva a las mesas 9 y 3. Vuelve a la ventanilla de la cocina, donde le espera la ensalada de langosta de la 7. En la barra hay un plato de jamón, también para la 7, y una rellena jarra de cerveza para la grande. Puede con todo.

Tras dejar la jarra en la mesa de los ruidos, sirve el jamón y la ensalada a las dobles parejas.

—Tierra y mar, damas y caballeros. ¿Desean que reparta la ensalada o confiarán en la nobleza de sus compañeros?

Las chicas ríen. El garrulo ríe. El flipado se da por aludido.

—Los abandono a su suerte, pues —y se marcha.

Otra ensalada, ésta para Dani y su familia, y las ostras. Se apresura a servir las. Coloca la primera en el centro de la mesa.

—Una ensalada por aquí... Y unas ostras para la dama.

La susodicha dama alarga sus impacientes pezuñas para hacerse con el primer molusco antes de que la fuente llegue a ser apoyada.

Desde la entrada de la cocina, Sandra busca su mirada. El colega

acude a su encuentro.

—Ten —y le cede dos gigantescos platos de jamón y queso curado. Ella carga con otro—. Y ahora volvemos a por las ensaladas.

Maruchi sonrío ilusionada cuando los ve llegar. Los tres cerditos también lo celebran.

—¡Hombreeee! —gruñe el perillas.

—¡Ya era hora! —añade el rollizo.

—¡Jjjjjj! —medio gruñe, medio ríe el más tonto.

Sandra toma otra de las jarras, ya vacía. Juntos regresan para seguir abasteciendo a esa reunión heterogénea, ahora con las ensaladas.

—¡Hosti, la alfalfa! ¡Jjjjjjj!

—¡Cállate ya, Julián, copón, y come! —le reclama el tipo que había llegado con las jovenzuelas.

Obediente y divertido, Julián se zampa una buena mano de queso.

El colega pasa por la 1 para ver que morsa y esposa están terminando sus principales.

—¿Todo bien por aquí? ¿Qué tal el lenguado, señora?

—¡Divino! ¡Y muy bien cortado! —añade.

—Es usted muy amable —se gira—. ¿Y las migas?

—Muy «amigas». ¡Jejejeje!

Su mujer ríe como si la cáscara de gamba hubiera vuelto bailando a ese bigote. El colega ofrece una escueta risotada mientras se pregunta cuánto tiempo y esfuerzo le habrá costado a ese hombre forjar tamaña mierda de chiste.

—Cuánto me alegra oírlo. ¿Falta alguna bebida? —señala el cubo, aún a medias.

—No, no, gracias —dice el hombre—. Estamos bien.

La nuca del colega se eriza. Alguien le está haciendo señas. El

idiota.

Acude a su encuentro. El mantel ya ha sido regado con la Fanta de naranja al completo y parte de la Coca-Cola.

—Escucha —reclama el iluminado con una media sonrisa—, ponte otra tabla de estas, que el crío ha arramblado.

En efecto, el plato que minutos antes había sido colmado por la abundancia se encuentra ahora saqueado y violado.

—Me temo que uno de estos señores se va a quedar sin hambre cuando lleguen sus huevos —dice tomando la desolada fuente.

—¡Huevos! ¡Quiero mis huevos!

—Señoras —conducele a la abuela y la tía del monstruo.

—Los rotos, Róber —le informa Sandra al llegar a la ventanilla de la cocina. La acompaña hasta el zoológico efímero, donde las cotas de alaridos rallan lo insoportable.

—¡Vamooooo! —aúlla una bestia.

Le llaman desde cocina. Todo listo para la 9, incluida la segunda tabla, con la que tendrán que acompañar sus principales. Toma en primer lugar el rancho del monstruo y el rodaballo de su abuela, a fin de distraer a uno y contentar a la otra.

—Unos formidables huevos para el rey de la mesa —coloca— y el buen pescado que no falte a la buena dama.

No ha cambiado los cubiertos. Y es el niño quien se lo hace saber, tomando uno de los huevos con las manos y desgarrándolo en asesino frenesí.

—¡Alfonso! —espetta la anciana.

—Ruego me disculpen —ruega—. Ahora mismo les traigo los cubiertos pertinentes.

Vuelve a la ventanilla y se asegura de provisionarse la cubertería antes de cargar los platos restantes. También escruta su ropa; no halla trazas de huevo.

—La carrillera de la señorita...

—iAaaaaaaaaaaaaaaaaah! —brama el defecto tras sumergir la cara en el plato y empantanarla con yema y aceite.

—Por el amor de Dios, Juanjo: o controlas a tu hijo u os estrella a los dos contra la pared.

—iJoder, Ana, que es un crío!

—iNi crío ni hostias! iTu padre nunca consintió que nos portáramos así!

—Pero yo no soy él. Y yo criaré a mi hijo como me salga a mí de las pelotas. Cuando tú tengas hijos verás la poca gracia que te hace que me meta con ellos.

—...su nueva tanda de embutidos, el entrecot del señor fortificado en patatas y los cubiertos de los que hacer uso. Les pido perdón de nuevo.

—Gracias, muchacho —serena la vieja dándole golpecitos en el brazo—. No te apures.

Abandona la zona de guerra. El matrimonio Bigotes debe haber terminado ya, pero acude antes a repasar la situación en la 7.

—¿Todo a su gusto?

—Ponme una cerveza —ordena el más chulo del barrio devolviéndole el Martini—. Esto está mal mezclado.

—No sabe cuánto lo lamento, señor —se detiene justo antes de decir «la casa no lo incluirá en la cuenta»—. Enseguida se la traigo.

Se coloca tras la barra, justo en el ángulo muerto que le proporciona una columna. Liquida de un trago el Martini. Los cojones, «mal mezclado». Está de puta madre. Se alegra de haberse callado la boca con lo de no cobrárselo. Regresa con la botella de Heineken.

—Señor —la sirve.

El otro no le da las gracias.

Llega a la 1.

—¿Terminaron los señores?

—¡Buenísimo todo, hijo! —felicita el bigote viviente.

—¡Una delicia!

—Son muy amables —recoge los platos—. ¿Desearán un postre?

—¿Tenéis sorbetes?

—De limón, piña, naranja, coco y frambuesa, señora.

—De piña —dice con ilusión.

—¿Y el caballero querrá algún dulce?

—Solo un café con leche, muchas gracias.

—En un momento.

Traslada el pedido, sirve los principales a Dani y compañía y se hace con algunos de los platos que ya han vaciado los currelas.

—¡Asun! ¿Verdad que Maruchi y yo hacemos buena pareja? —el tapón se ha aferrado a la rubia como un macaco a la rama más alta del árbol. Hasta apoya la mejilla en su teta izquierda.

—A lo mejor —responde la que ha llegado enseñando las bragas—. Si no fuera porque ya tiene novio.

—¿Qué?! —el lechón sale disparado con una descarga eléctrica.

—¡Ijiji! ¿Qué dices, Asun? ¡Si yo no tengo novio! —suelta Maruchi sin entender que su compañera pretendía salvarle la vida, decepción que ensombrece la mirada de ésta.

—Sorbete —oye el colega en la cocina—. Y osobuco —le añaden cuando llega. Reacciona en orden.

—Café con leche por aquí y piña en sorbete por acá.

—Muchas gracias —sonríe el Caballero del Morro Peludo—. Y la cuenta cuando puedas.

—Ya mismo.

Recoge los entrantes de la 7, sustituye los cubiertos y sirve los principales.

—Otra cerveza —pide la tipa de la codorniz.

—Y otra más —dice el cenutrio del grupo—. ¡A ver cuál me traes ahora!

—¿Desea otra marca?

—¡La que tú quieras!

Rápida visita al botellero y rápido regreso con otras dos Heineken.

—¡No te digo! —se burla.

El colega no le sigue el juego. Destapa sendas botellas, las sirve y se marcha.

—Tu cuenta.

La recoge y marcha a la mesa 1.

—Señores —cede con una sonrisa.

—¡Oye! ¡Tráete otra por aquí! —grazna el perillas abanderando una jarra.

Sandra acude y le dice con la mirada que se encargará ella.

Un grito llega desde la otra punta de la sala. Sabe que tiene su epicentro en la mesa 9. Pero no ha salido del ñiñato asqueroso, sino de la paciencia colmada de su tía. Sin embargo, el jaleo reinante lo hace pasar desapercibido al resto de clientes.

—Aquí tienes —es el mostachudo, que le devuelve la cuenta—. No traigas las vueltas.

—Son ustedes de lo más amables, señores.

—Has trabajado muy bien —le honra la mujer.

Se despide inclinando la cabeza y lleva el parné a caja. Le han dejado siete u ocho euros de propina. Nada mal.

Algo llama su atención a escasos metros. En la mesa de Dani parecen estar jugando a no ser el primero en abrir la boca.

—¿Qué falta por aquí a los comensales? ¿Habrás postre? ¿Café,

quizás?

—La cuenta, por favor —pide Dani.

—La cuenta, por favor —solicita a su vez el carnicero.

—Ahora mismo.

—Los calamares, Róber —tan pronto como encarga la nota, Sandra le tiende una fuente y ella toma las otras dos. La sigue hasta donde Maruchi cuelga sus tetas y se sitúa tras ella para disfrutarlas. No recuerda haber sentido un deseo tan fuerte por estrujar unas berzas como el que le provocan ésas que aguardan bajo el jersey rosa chicle. Ahora sí que está empalmado. Un empalme de la hostia.

—Su cuenta —ofrece de regreso en la 3.

El gordo la toma, la mira, coloca un puñado de pasta y no pierde el tiempo en levantarse. El colega percibe que su cliente tiene más interés en desaparecer que en recoger el cambio. Y no se equivoca: cuando llega de nuevo a la mesa, no hay gordo al que entregarle los cincuenta céntimos. Inclina rápidamente la bandeja para ocultarlos.

—Muchacho —Dani y su novia le miran—, aquí ha sobrado para un par de postres y quizá un café. ¿Os sirvo algo?

Los jóvenes se miran, sonrientes.

—No, muchas gracias, tío.

Y se levantan. Y se marchan.

Más allá, otra familia se desmorona.

—¿Qué tal por aquí? —quiere saber al llegar a la mesa 9.

—Yo he terminado —dice seria la joven.

—Yo también —añade su madre.

—¿Cómo que habéis terminado? ¿Pero esto qué es? —el doctor Frankenstein se indigna.

—¿Nos traes la cuenta, por favor? —implora la chica.

—¡No, no! ¡Espérate! ¡No hemos acabado! ¡Y Chopi quiere postre!

—¡Quiero un helado! ¡Y tarta! ¡Y una pistola! ¡Y un gofre! —exige mientras gira a saltos sobre la silla.

—¡Tú! —señala al colega—. Helado y tarta de chocolate. ¡Y tú! —señala a su hermana—. De aquí no te vas hasta que me expliques por qué dices que te vas a Francia y con quién.

—Si la señora lo desea, puede pagar en ese mostrador y, en adelante, lo que pidan los caballeros correrá por su propia cuenta.

—Muchas gracias —la chica se levanta mientras abre su bolso, al borde de las lágrimas.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué coño es esto? ¿A dónde vas?

Ya es tarde. Su hermana le está cediendo la tarjeta de crédito a quienquiera que esté en caja.

—Nos veremos en otro momento, Juanjo —anuncia su madre.

—¡Nonono! —se levanta.

—¡Mi helado!

—¡Quédate aquí, Chopi! ¡Tú, tráele el helado y lo que te diga!

La venerable anciana mira al colega concediéndole patente de corso. Él traslada la comanda a la cocina.

—Adiós. Buenas tardes —se despide el agradable matrimonio de las gambas, el lenguado, las migas, el café con leche y el sorbete de piña.

—Pasen un buen día, señores. Esperamos volver a verles en breve.

Tan pronto como enfilan la salida, el colega comienza a recoger la mesa 1, dispuesto a dejarla preparada para quienes lleguen a continuación.

—¡Róber! —le llaman al finalizar la tarea. El helado y la tarta están listos. Los entrega en ofrenda al Gran y Todopoderoso Chopi.

—¿El señor deseará un café?

El padre de Chopi lo ignora deliberadamente, fijando la atención en su teléfono móvil. El Gran y Todopoderoso da cuenta del sacrificio ritual.

—¿Está todo a su gusto? ¿Necesitan más bebidas? —pregunta al cuarteto de la 9.

—Otra de agua, por favor.

—¡Te vas a ir meando por los rincones!

El colega se hace con la botella. En su camino se encuentra con Sandra.

—Vamos ya con el arroz.

—Sirvo a la 7 y estoy contigo.

—Les recojo los platos mientras.

El colega sacia la sed a la pareja del gañán y acude en pos de la enorme paella.

—¡Ahí estamos!

—¡Ahora sí!

—¡Jjjjjj!

—¡Qué buena pinta!

—Escucha: a mí me pones dos, ¿eh?

—¿Pero qué lleva?

Planta el arroz en la mesa auxiliar y va llenando los platos que Sandra reparte. Maruchi se mancha el jersey al acercarse demasiado a su ración y emplatar las formidables tetas. El colega ansía despojarla de la prenda y quedar deslumbrado por la majestuosidad que adivina.

Pero tiene otro quehacer. Una pareja acaba de llegar y él ha de sentarlos en la mesa 1. Se dispone a recibirlos cuando algo golpea su pierna derecha.

—¡Profiteroles! —exige Chopi azotándolo con su tablet—. ¡Quiero profiteroles! ¡Dame profiteroles!

Antes de poder atender a la pareja de recién llegados, antes de aventurarse a agarrar a Chopi por los brazos y desgarrarlo, bañándose en sus tripas de hijo de puta; antes de desnudar a Maruchi y devorarle las tetas sobre un lecho de vísceras; antes de hacerse con el cuchillo jamonero de Luis y desgarrar siete gargantas, Chopi se convierte en una fuente y empieza a vomitar sobre sus zapatos. Los calcetines se le empapan, sumergiendo sus pies en un calor agrio.

En otra ocasión, el colega tal vez habría dado rienda suelta a esa rabia contenida, a ese desenfreno reparador.

Pero hoy no.

Hoy está feliz.